

esa primera etapa me dediqué a transcribir, ordenar y leer los textos hasta tenerlos preparados para trabajar. Después, la anotación me llevó a estudiar el contexto histórico irlandés, que no manejaba bien. Sobre el pasado de Irlanda hay una historiografía tan abundante, contradictoria y complicada que no es fácil distinguir los datos que están mencionados en estos documentos. Después de la anotación, me dediqué a darle un marco histórico preciso.

*Usted recorrió algunos lugares de la provincia de Buenos Aires buscando materiales para la investigación...*

—Sí, hace un año y medio fui en viaje de estudios. Durante cuatro o cinco días recorrí con Gustavo Delía (una persona que me ayudó mucho en esto) 1.400 kilómetros con los mapas catastrales en mano: hicimos desde Capilla del Señor hasta Pergamino, desde San Pedro hasta Lobos, visitando cada estancia, escuela o iglesia que hubiera en el camino. Buscaba todos los lugares donde quedaran rastros de historia irlandesa. Este reconocimiento del terreno me dio otra riqueza de conocimientos.

*Su investigación no parte de cero sino que recupera otros trabajos sobre inmigración irlandesa, como el de Hilda Sabato y Korol que menciona en el libro.*

—La inmigración irlandesa en la Argentina forma parte de —por lo menos— dos campos tradicionales de estudio: el de los estudios latinoamericanos, específicamente las migraciones, y también el de los estudios irlandeses. Esos dos campos han dado una bibliografía muy abundante de antecedentes. En el caso argentino, la bibliografía es mínima a nivel académico aunque artículos de divulgación hay varios. Tengo entendido que hay una sola tesis sobre el tema, inédita todavía. También hay un solo libro en español, el de Sabato y Korol y, otro único libro en inglés, publicado en 1919. Lamentablemente no hay mucho material, y eso es bueno y

es malo porque permite ir rápidamente al punto pero al mismo tiempo puede tener desvíos ideológicos.

*Su libro toma en cuenta la historia demográfica y la historia genealógica y usted marca las limitaciones que ambos enfoques tienen. ¿Podría hacer algún comentario sobre esto?*

—Hay una corriente muy fuerte de “historiografía dura” que brinda una cantidad enorme de datos y cruces de variables: cuántos inmigrantes vinieron, en qué momento, de qué lugares, adónde se asentaron, sus edades, profesiones, etc. Esto termina en una pregunta muy básica: ¿y ahora qué? Es muy difícil, como dice un autor, “carnalizar” todos esos números en personas reales y comprender los motivos, los principios y los valores que hay detrás. Por otro lado, existe una corriente ávida de armar árboles genealógicos, de saber quién era quién, que necesariamente se reduce a unas pocas familias y tiene un problema: no puede dar cuenta del universo. Además, esta línea tiende a desviarse de la realidad, porque —en general— el que busca a sus ancestros no busca que sean “malos”, los pretende “buenos”. Así que yo me propuse este camino metodológico de buscar esos valores, principios, actitudes frente a la vida, frente a la política, a la economía pero también frente a cosas más cotidianas como el trabajo, la familia, la religión, etc.

*Una de las características de su libro es que, por un lado, tiene trabajo de investigación, hay mucha fuente primaria, pero no es sólo una recopilación, usted hace un ensayo de interpretación muy amplio.*

—En un momento cuando empezamos a decidir con el editor puntos finales, vi mi nombre y dije: yo debería ser el editor de este libro, no el autor, porque en realidad los autores fueron los que escribieron las cartas, las biografías, etc. Después reflexioné un poco más sobre esto y pensé que era el autor porque ellos escribieron estas cartas no

para ser publicadas sino por otras razones y, en segundo lugar, yo las puse de determinada manera, las anoté bastante profusamente y creo que el marco de la introducción, el epílogo y los anexos son necesarios para una lectura contextualizada de estas cartas.

*El libro está despojado del tono nostálgico, costumbrista o apologetic que suele utilizarse para remarcar la contribución de la colectividad en la formación nacional. Por el contrario, usted describe cómo fue la inserción de los irlandeses, cuál era su relación con los ingleses y cuándo se diferenciaron entre sí. Su libro muestra convincentemente que, al margen de las particularidades del catolicismo irlandés y de sus formas organizacionales, —en cierto modo independientes de la jerarquía local de la Iglesia Católica— a menudo surgían alianzas entre protestantes y católicos en función de ideales comunes. ¿Podría explicarnos eso?*

—En cuanto a la religión, es difícil ver en la actualidad este tipo de alianzas como algo cotidiano, como algo normal, porque la religión —a partir de 1870/75— se empezó a utilizar como parte del mundo político y nacionalista de Irlanda. Pero en todo el primer proceso de flujo migratorio al Río de la Plata (1830-1870), convivieron perfectamente las religiones católica y protestante, y lo hicieron de una manera tan cotidiana, tan fuerte, que existían familias con miembros de ambos credos. Y hay lugares, como por ejemplo la parroquia de Salto, donde un capellán irlandés y un capellán protestante —desde el punto de vista misional— trabajaban juntos. La amistad no encuentra ninguna barrera en la religión y esto se puede ver en las primeras cartas publicadas en mi libro. Ya después, más adelante, la religión sí tuvo otro tipo de lectura y apareció un mensaje: “somos irlandeses católicos, ellos son ingleses protestantes”. En principio, el ejemplo de Thomas Armstrong —el comerciante irlandés de la